

Aguas aéreas Unos cuantos jardines

David Huerta

—*Comment expliquez-vous,
M. Gide, qu'il n'y ait pas de poésie française?*
A. E. HOUSMAN, CAMBRIDGE, 1917

La figura de Enrique González Martínez (1871-1952) resulta borrosa para los lectores y estudiosos actuales de la poesía mexicana moderna. En la segunda década del siglo pasado (1910-1920) su nombre figuraba, junto con el de Amado Nervo, en la primerísima fila de la celebridad y de la atención pública; encarnaba poco más o menos al poeta nacional —o mejor dicho, el poeta nacional era una silueta bicápite: Nervo y González Martínez. Pero a partir de 1921, a raíz de la muerte de Ramón López Velarde y de su consagración como la figura poética central de esos años, González Martínez quedó hundido en la penumbra, silenciado y casi arrinconado. La explicación es parcialmente política: la colaboración del poeta con el régimen del usurpador y asesino Victoriano Huerta; pero es mucho más interesante, e intelectualmente valioso, ver la declinación de su fama en términos únicamente poéticos.

El solo repaso de los títulos de sus primeros libros, los cuales le dieron su primera fama pública y le ganaron respeto y admiración, puede echar luz sobre ese destino tan opaco, tan injusto, tan merecedor de una revisión a fondo. *Preludios*, *Lirismos*, *Silenter* y *Los senderos ocultos* (libros publicados entre 1903 y 1911) son esos títulos; cada uno se explica por sí mismo, con excepción del latinismo “*silenter*”: adverbio cuyo sentido es “silenciosamente”. Ya se advierte el tono menor en esas palabras leídas en las portadas de los libros de González Martínez: los preludeos suelen ser piezas musicales de corta extensión; los “lirismos” del libro de 1907 así titulado apuntan en una

dirección de recato individual y subjetivista; el poeta parece errar con sus reflexiones crepusculares a cuestras por esos senderos ocultos del libro de 1911.

El poeta nunca dejó de tener admiradores y seguidores; pero quedó muy atrás en la estimación debido a la estrella ascendente de López Velarde. En diferentes formas procuró rectificar su postura política, manchada por su colaboracionismo huerista; llegó a ser, famosamente, amigo de Pablo Neruda y asiduo “abajo-firmante” de documentos izquierdistas y antiimperialistas.

No diré aquí con pormenor cuánto vale la pena volver, según yo, a la poesía de Enrique González Martínez. Apuntaré solamente algunos rasgos esenciales de esa poesía: su perfección formal, de la cual siempre es posible aprender si uno es poeta, o admirarse si uno es asiduo lector de versos; su serenidad estoica anudada y proyectada con un lenguaje diáfano y enérgico, sin caídas ni blanduras; su forma laberíntica y pausada de explorar la vida interior; cierta nobleza espiritual perfilada contra un paisaje cambiante y siempre dibujado con tintas de contornos firmes. Como se puede ver, ninguno de esos rasgos está “al alza” en estos tiempos de estridencia, coloquialismo y valemadrismo. González Martínez es meramente “un viejito” sin el menor interés, en el mejor de los casos; no diré aquí cómo se habla de él en el peor de los casos.

En 1915, después de la aparición de los libros consagratorios, Enrique González Martínez publicó un libro anómalo: contenía esa obra sus traducciones de un puñado de poetas de lengua francesa. Llamar “anómalo” a ese libro puede sonar a despropósito; no es una palabra cuyo sentido suscribo totalmente, en especial en su ver-



Enrique González Martínez

tiente negativa: las traducciones de un poeta pueden formar parte, con naturalidad, de la obra firmada con su nombre; ya se verá cómo algún crítico no veía con buenos ojos esa zona de las escrituras de González Martínez. *Jardines de Francia* es un libro anómalo por una sola razón, muy sencilla: es un libro indirecto, de traducciones, una obra derivativa; pero no por ello es menos un libro de Enrique González Martínez. Lo es, y con derecho pleno, del todo convincente: el autor de *Silenter* era un traductor originalísimo, fecundo y singularmente dotado. Un *traductor original*, aun si esta frase comporta el escándalo de un oxímoron a los ojos de los desconfiados.

La obra de 1915 era un florilegio antológico y personal de cuidadosísimas lecturas de los autores escogidos, algunos de ellos muy admirados por el traductor. Estamos, entonces, ante el lector Enrique González Martínez, en realidad, y en el fondo, indistinguible del poeta: es una de las contribuciones de este libro al conocimiento de nuestra literatura, al estudio de nuestra poesía. La consabida acusación de “afrancesado” —moneda corriente en las polémicas literarias de hace un siglo y pico— muestra en este libro su reverso más fértil: ¿de dónde, si no de Francia, iban a tomar sus modelos esos poetas de la órbita modernista? Juan Valera escribió con maliciosa ambigüedad acerca del “galicismo mental” de Rubén Darío; el galicismo de González Martínez, su condición de afrancesado —nunca negada por

él mismo, sino al contrario: afirmada continuamente—, constituye simplemente, como en Rubén Darío, una de las facetas cardinales de su personalidad artística e intelectual.

Es exagerado hablar de “antología” en el caso de este libro. *Jardines de Francia* configura en verdad un libro “hedónico”: así lo describen sus editores modernos, Luis Vicente de Aguinaga y Ángel Ortuño, quienes han rescatado estas traducciones de González Martínez en el centenario de su primera publicación.

En sus tomos de poesía, desde el principio mismo (1903), González Martínez incluyó traducciones (del inglés, del italiano, y por supuesto del francés). Llama la atención este hecho: uno de sus editores posteriores, Antonio Castro Leal, suprimió de la edición conjunta de los primeros cuatro libros del poeta, en la colección Escritores Mexicanos, de la editorial Porrúa, esas incursiones en otros territorios poéticos. A la vista del trabajo de traductor del poeta, esa decisión de Castro Leal comporta una mutilación, o poco menos: fue una decisión arbitraria, tomada con escaso juicio. Por fortuna ahora tenemos este libro publicado en 2014 por la Universidad Nacional en su colección Poemas y Ensayos, dirigida por Marco Antonio Campos.

El trabajo de De Aguinaga y Ortuño es ejemplar. Desde luego, no se limitaron a llevar al imprentero, como diría Macedonio Fernández, ese libro centenario. Hicieron, en cambio, un auténtico y valiosísimo trabajo de editores, cuyo rasgo central es enormemente llamativo: incluye en el original francés, a diferencia de las ediciones anteriores, los poemas vertidos por González Martínez a nuestra lengua. La de esos editores modernos en este campo fue una labor ardua, pues no es tan fácil como parece localizar esos materiales poéticos; lo es, claro está, en el caso de los poetas canónicos (Verlaine, Baudelaire, Heredia, los primeros incluidos)—pero el asunto se complica cuando se enfrenta uno a autores como Maurice Rollinat o Fernand Séverin. He aquí otra característica de esta edición: la inclusión, como apéndices, de siete ensayos breves de González Martínez sobre poetas franceses y poetas belgas de lengua francesa. De las primeras ediciones, Ortu-

ño y De Aguinaga incluyen los prólogos de Pedro Henríquez Ureña y Enrique Díez-Canedo, ambos excelentes. Para los especialistas, críticos e investigadores, la información proporcionada en la presentación permite ubicar las ediciones anteriores de *Jardines de Francia*, algunas de las cuales llevan otros textos críticos de diversos autores; en cualquier caso, tenemos a la mano los libros reunidos del poeta, además de sus memorias, en las ediciones del Colegio Nacional.

La presentación de De Aguinaga y Ortuño ocupa apenas 14 páginas. Es un texto ceñido, repleto de información de primera mano; pero, sobre todo, esmaltado por reflexiones críticas dignas de toda nuestra atención. Diría: es una presentación “avara”; no lo digo, pues me doy cuenta de la intención justa y generosa de estos autores-editores, ellos mismos poetas considerables: no distraer al lector, con su voz y con sus ideas, con sus opiniones y con sus saberes, del contacto lo más temprano posible con las traducciones de González Martínez; no posponer el momento de disfrutar de esas versiones. Lo diré de otra manera: De Aguinaga y Ortuño no han hecho este libro para su lucimiento personal; sino para ofrecer de veras a los lectores del siglo XXI, en las mejores condiciones, el trabajo de un poeta admirado. El centenario de *Jardines de Francia* tiene así su mejor expresión.

La posteridad de Enrique González Martínez se transforma, gracias a Ortuño y De Aguinaga, en una entidad en verdad atractiva. Nos damos cuenta de los alcances de su pasión poética, negada por una visión reduccionista de su obra. Casi de repente, para muchos lectores el poeta González Martínez se convierte en un autor enérgico, lleno de suscitaciones, más allá del consabido “Tuércele el cuello al cisne”. Es el verso más conocido de González Martínez y a él le dedican un pasaje esclarecedor Ortuño y De Aguinaga en su presentación:

El verso más repetido de González Martínez —medio verso, en realidad: es el primer hemistiquio de un alejandrino—, el que más indiscriminada y ampliamente se cita, el que mejor se recuerda, es también el comienzo de un poema de rara eficacia y nitidez, al menos en términos de programa

estético: “Tuércele el cuello al cisne”. No todo el mundo supo ver en su momento ni recuerda hoy en día que González Martínez parafraseaba, en esa línea, un verso del *Arte poética* de Paul Verlaine: “Prends l'éloquence et tords-lui son cou!”, esto es: “¡Tuércele el cuello a la elocuencia!”.

Los poetas traductores fueron notables en la época de *Jardines de Francia*; a mí me interesa en especial lo hecho por Balbino Dávalos con poemas franceses e ingleses. Siempre ha sido un poco misterioso si López Velarde leyó a Baudelaire en el original francés o en las versiones de Marquina. Comoquiera, es necesario, indispensable, una condición *sine qua non*, tener idea suficiente de la poesía francesa para comprender la poesía mexicana y latinoamericana de esos años. Es imprescindible ese conocimiento para entender el modernismo, por supuesto.

En tiempos recientes, tenemos una pequeña obra maestra de la traducción poética, de un poeta mayor: el libro titulado *Versiones y diversiones*, donde podemos leer los traslados de Octavio Paz. José Emilio Pacheco incluyó sistemáticamente traducciones en sus libros de poesía “propia”, desde *Los elementos de la noche*. Ahora esta edición de *Jardines de Francia* irá a ocupar su lugar, con naturalidad, junto a la antología de poesía francesa hecha por André Gide para La Pléiade, el libro antológico de Paul Auster de la poesía francesa del siglo XX y, sobre todo, el tomazo venerable titulado *La poesía francesa del romanticismo al superrealismo*, antología ordenada por Enrique Díez-Canedo y publicada por la editorial argentina Losada en 1945. En ese copioso y utilísimo panorama aparecen varias versiones de Enrique González Martínez de sus *Jardines de Francia*. En su inmensa mayoría, las traducciones y versiones escogidas por Díez-Canedo siguen a grandes rasgos los principios estilísticos y formales, o principios muy semejantes, suscritos en su práctica como traductor por González Martínez. En tal sentido, no es ninguna exageración ver el de Díez-Canedo como un libro de grandes lectores de poesía francesa capaces de comunicarla en lengua española con el mismo aire de época, con una perspectiva estética más o menos común. **U**